

NO OBLIVIA

AÑO I

Sábado 21 de agosto de 1937

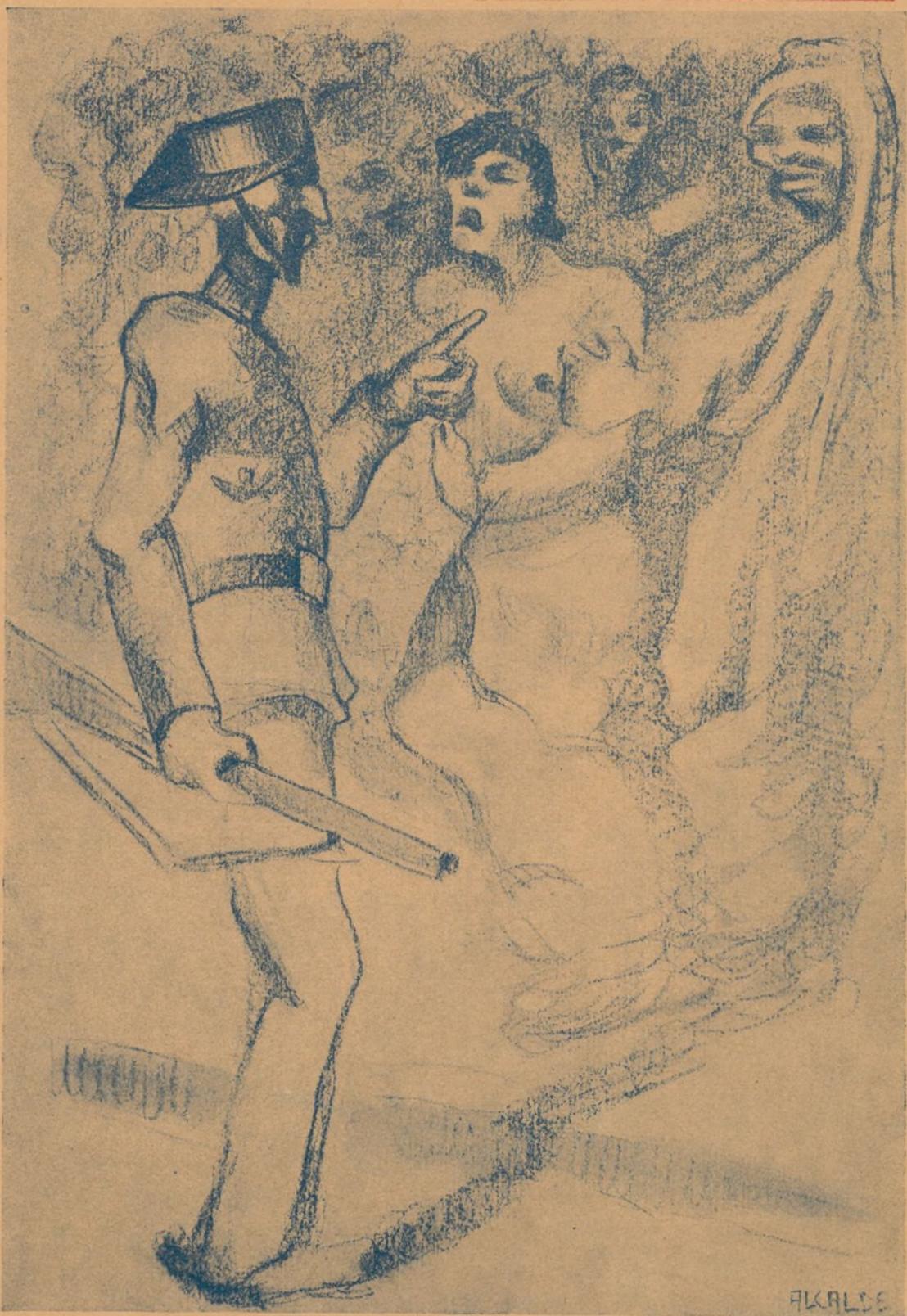
NUM. 25

Bajo el régimen fascista, la perspectiva siniestra de la guardia civil se agiganta monstruosamente, como símbolo del crimen, de la injusticia y de la barbarie. ¡La guardia civil! Su indumentaria, su fisonomía y sus sentimientos nos remontan a épocas no muy lejanas y nos evocan todo su terrible significado anti-obrero. Sicario del poderoso, empleó doblemente sus terribles atribuciones en sojuzgar y amordazar al pueblo. Los campesinos saben mucho de su trato, y lo saben los trabajadores de la ciudad. ¡Octubre de 1934! ¡Cuánta sangre, cuántos tormentos derramaron y aplicaron estos canchales macabros del infierno fascista!

Bajo el régimen de Franco, la inventiva criminal de la guardia civil se desenvuelve en su máximo desarrollo: hombres, mujeres y niños sufren la vesania de esta bestia inhumana.

¡Guardia civil, moros, alemanes, italianos! Servidores de la anti España, verdugos del pueblo, perros esclavos del fascismo...

Esa es la perspectiva que hay que borrar de nuestro suelo con el empuje de nuestras armas, hábil y valerosamente esgrimidas por el Ejército del Pueblo.



**SOLO UN ENEMIGO: EL FASCISMO.
SOLO UNA CONSIGNA: ¡VENCER!**

Temas militares

Granadas de mano Lafitte

Funcionamiento

El fiador de seguridad fija al cuerpo la placa, que, a su vez, mantiene el contraseguro a través de la cinta, y ésta al seguro, que inmoviliza, y en el que apoya el percutor su cabeza; al mismo tiempo, éste descansa sobre los bordes del arco del caballete.

Dispuesta de este modo, se quita el fiador de seguridad con la mano izquierda, tirando de su anilla, y se lanza la granada.

En este momento cesa la acción del contraseguro, quedando éste último sujeto únicamente por la presión que sobre su borde ejerce la cabeza del percutor. Ya en el aire la granada, la chapa en libertad tiende, por su peso, a caer al suelo, llevando consigo la cinta a la cual va unida, que se desenrolla en los primeros metros de recorrido.

El contraseguro, al dejar de ser oprimido por la chapa, se desprende cuando aún quedan dos vueltas de cinta por desenrollar.

Como el caballete de seguridad va unido al otro extremo de la cinta, al terminar de desenrollarse y caer al suelo arrastrada por la placa de seguridad, lleva consigo en su caída al caballete, quedando el percutor detenido únicamente por el seguro. Al incidir la granada en el terreno, sea cualquiera el modo de efectuarlo, o chocar con un cuerpo, por débil que sea la resistencia que éste le oponga, el seguro, en virtud de la inercia, favorecida por el peso de su masa, se desprende y deja al percutor en libertad, el cual, no encontrando ya dificultad a la distensión de su muelle, hierde en la aguja percutora la cápsula fulminante, que al detonar trasmite el fuego al cebo y éste a la carga explosiva.

sula fulminante, que al detonar trasmite el fuego al cebo y éste a la carga explosiva.

Precauciones para el manejo

Las que deben observarse son las siguientes:

a) Al colocar el cebo para preparar la granada, *lo cual debe hacerse con el fulminante hacia abajo*, se tendrá especial cuidado en que aquél entre en su alojamiento por su propio peso, no debiendo forzarse nunca. Si algún cebo ofreciera resistencia a su introducción será retirado y sustituido por otro.

b) El granadero *no quitará nunca el fiador de seguridad más que para lanzar la granada*; una vez quitado aquél, debe mantenerse ésta fuertemente oprimida con la mano hasta su lanzamiento.

c) Toda granada a la que se haya quitado el fiador *debe ser lanzada*.

d) Una vez preparada la granada, *no se destornillará ninguno de sus tapones*.

e) No se desenrollará nunca la cinta de seguridad.

f) La granada debe estar fuertemente oprimida por la mano desde el momento que se le saque el fiador de seguridad. En todos los movimientos del lanzamiento se tendrá gran cuidado en evitar su choque contra la propia persona o cualquier objeto resistente.

g) Las granadas lanzadas que no hayan hecho explosión no deberán tocarse ni empujarse con el pie o mano, efectuándose su destrucción haciendo sobre ellas fuego de fusil a distancia corta o por otros medios, pero fuera siempre del radio de acción de la granada.

Precauciones que hay que tomar cuando se combate en los senderos protegidos

Las normas que deben observarse son:

1.º *Procurar no hacer ruido*, puesto que los dos enemigos separados por recodos, no pueden verse: en estas condiciones son los menores ruidos los que les advierten de su posición recíproca y los que guían sus granadas.

Sólo debe hablarse en voz baja, y comunicarse en cuanto sea posible por señas. Han de evitarse el ruido de los pasos, el de los fusiles, etc.

2.º *Evitense apelotonamientos*. Cuando una granada cae en el interior de una trinchera o sector en el que se apelotonan los combatientes, éstos no pueden desaparecer de golpe detrás del primer recodo, la granada estalla en medio del barullo que se produce y causa una verdadera carnicería. Conviene, por tanto, espaciarse todo lo posible.

3.º Estar en condiciones de poder refugiarse instantáneamente. Para esto conviene sujetarse a las siguientes normas:

Mantenerse en la proximidad de un refugio (a dos o tres pasos a lo sumo); construir refugios sencillos, pequeños parapetos, nichos, etc.; acechar la llegada de las granadas, sin dejar de combatir, para poder lanzarse al refugio antes de que exploten.

¿Qué precauciones debe tomar el explorador?

En los recodos, que son puntos extraordinariamente peligrosos, debe adoptar las precauciones siguientes: 1.ª Antes de asomar la cabeza, escuchar, con el fin de captar todas las señales que puedan servirle para indicar la situación del enemigo. 2.ª Después de haber escuchado, echar una ojeada rápida, para sorprender la posición del enemigo. 3.ª Si el enemigo está al acecho, antes de asomar la cabeza hacer un disparo o lanzar una granada para desorientar al enemigo durante un segundo.

A todos los reclutas y a todos los combatientes de la 50 Brigada

Camaradas combatientes: Corre en España desde hace trece meses la sangre de millares de hombres. Ancianos, mujeres y niños, asesinados por el fascismo, engrosan diariamente la larga lista de víctimas. Su balance reúne un sin fin de crímenes y destrucciones inconcebibles de las más bellas obras creadas por el genio humano. Todo ello ha sido realizado bajo el pretexto de «acatar a la España honrada». Son hordas invasoras las que saquean, violan y destruyen nuestros hogares; es una guerra a muerte que sólo terminará cuando nuestros ideales patrióticos, democráticos y revolucionarios vayan unidos. El enemigo, para luchar contra nosotros, se une solapadamente. Seamos todos nosotros los que, unidos con una gran disciplina y una sola bandera tricolor, que es la bandera del Frente Popular, demos la batalla sin descanso al fascismo para aniquilarle rápidamente. Nuevas fuerzas han venido a engrosar las filas de nuestro glorioso Ejército; estas nuevas fuerzas están compuestas de camaradas jóvenes, de obreros y campesinos, etc. que hasta ahora, en su mayoría, han estado cumpliendo una consigna que nosotros, desde la línea de fuego, hemos pregonado. Sin una retaguardia fuerte y sana no hay victoria posible; pero cuando el Gobierno del Frente Popular, único en España, los ha llamado han contestado afirmativa y cariñosamente, conscientes de su deber de españoles dignos y libres, y entre nosotros se encuentran cientos de nuevos camaradas que han venido a compartir las vicisitudes de la guerra. Esperamos todos de estos nuevos camaradas se fundan en nuestro Ejército regular y único para obedecer todas las órdenes que dimanen de nuestro querido y respetable Gobierno, el cual nos conducirá rápidamente a la victoria. Aquí no hay diferencias de ninguna especie; tan sólo existen soldados de un mismo Ejército, obedientes a un solo Gobierno y prestos a su sacrificio en pro de la Causa, que es el altar de las libertades patrias. Eduquemos, pues, a los nuevos combatientes; seamos sus mejores hermanos y camaradas, forjemos en ellos el temple necesario para que continúen en nuestras victorias; eduquémosles como nuestras experiencias nos lo aconsejan. Obrando de esta manera habremos conseguido una vez más que nuestro esfuerzo y resultado sean más efectivos y que de esta unión de fuerzas podamos ver en breve plazo cumplidos nuestros anhelos de libertar a nuestra España de la invasión extranjera.

Adelante, camaradas. Con una sola disciplina y como una sola arma. Vamos por el rápido aplastamiento del fascismo internacional.

¡¡Viva el Gobierno del Frente Popular!!
¡¡Vivan todos los soldados de nuestro Ejército!!

P. M.,

delegado de la Cia. de ametralladoras.



La cultura en el frente

El arte en las trincheras

—¿El arte en las trincheras? ¡Qué raro y qué difícil me parece, camarada comisario!

—Pues no te parezca raro. Y para que no seas incrédulo y puedas apreciar en toda su grandeza la gran obra de nuestra lucha, vas a venir conmigo a las avanzadillas. Te aseguro que tú, que sé que vives del arte, te vas a admirar contemplando las obras de estos artistas surgidos del mismo pueblo.

Inició la marcha acompañado del comisario del Batallón 200. Al pasar por uno de tantos pueblecitos nos paramos a contemplar las casas destruidas por la artillería facciosa al grito, sin duda, de «¡arriba España!» El comisario, uno de estos hombres que están forjando la moral de nuestro Ejército, me acoge con una sonrisa.

En medio de gran silencio llegamos a las trincheras en el crítico momento en que un camarada, rodeado de dos o tres ayudantes, hecha en la olla la carne para el «cocido». A una indicación de mi acompañante, el camarada cocinero se aproxima a nuestro grupo, y después de un correcto saludo nos introduce en una covacha oscura y húmeda, que tiene la virtud de dejarnos ciegos durante algunos segundos. ¡Hermoso cambio el que experimentamos al recobrar la vista! Aquel cocinero de rostro tostado y manos toscas se ha transformado en un gran escultor.

Pasado un momento de estupor, vuelvo

a la realidad y admiro la capacidad artística de este hombre que, con unos palos cualquiera y un barro nada aconsejable, es capaz de modelar como en mejores condiciones pudiera hacerlo un profesional.

Seguimos visitando chozas y seguimos admirando artistas. Aquí, varios tallistas que trabajan en trozos de árbol cortados a hacha y con navajas melladas y un formón viejo por herramientas. Allí, más escultores, que, también con palos modelan bustos, maquetas, grecas, etc. con excelente perfección. Más allá, dibujantes de lineal y de adorno, que entre sí compiten, los unos en gracia y arte, los otros en perfección de líneas, y todos ellos en ilusión y limpieza.

Creo que hemos terminado y voy a iniciar el descenso, cuando mi acompañante me saca de mi error, y me dirige a otra covacha, en la que hay tres o cuatro muchachos pintando al óleo, al pastel, y, especialmente, a la acuarela, del que se destaca su iniciación en la heráldica y el pergamino.

Cae la tarde cuando terminamos nuestra visita, y de regreso ya voy pensando en la gran moral de este Ejército, que, sin lanzar el repugnante grito de «¡arriba España!», la están elevando tan alto, que todas las naciones del mundo la admiran como ejemplo de Cultura, de Arte y de Democracia.

M. SANCHEZ VILLA.

La indiferencia hacia la instrucción

Al escribir estas líneas, que van dedicadas a ti, soldado, pienso en que en estos momentos estás dando tus primeros pasos por el camino de la cultura. Tú, que asististe a unas clases que nosotros organizamos para ti, has aprendido las primeras letras y en la mayoría de los casos lees y escribes las cartas a tus familiares y lees con poca dificultad las noticias que se escriben en la prensa. Ya llegas—sintiéndote un poco iluso— a colocarte en un plano superior al del que empieza por aprender lo que para ti no constituye hoy dificultad. Es verdad que aprendiste lo indispensable para valerte solo y que, si llamamos a esto como tú lo llamas, eres un poco más culto en relación a lo que antes eras y en relación a lo que son los que, comparados contigo, no saben nada. Pero la cultura es, más que otra cosa, trabajo de superación, y si hoy, a fuerza de trabajo, has conseguido leer la prensa y escribir una carta, mañana, con poco interés, lograrás perfeccionarte en lo aprendido. ¡Quién pudiese estar a tu lado cuando, sintiéndote un poco más cul-

to, no ya sabiendo perfectamente escribir y leer, sino resolviendo un problema de cierta dificultad y dando solución a una cuestión planteada de antemano, te hayas desengañado de lo poco con que te hubieses conformado si te estancas, después de haber dominado las primeras letras!

Mas no quiero apartarme del objeto que motiva este tema: ¿Has pensado o recordado alguna vez cómo en un principio asistías a nuestras clases? No digo que a la fuerza—porque la violencia nunca encontró ocasión de ser empleada en el Batallón donde presto mis servicios—, pero sí a costa de mil razonamientos y de insistente machaconeo llegamos a completar una clase de la que pudimos sacar en poco tiempo unos cuantos camaradas adelantados que, después de la clase, en conversaciones con los demás y basados en los adelantos del día, nos hiciesen el trabajo de propaganda. Y aun así, a veces excurrías el bulto o pretextabas un servicio que no existía, puesto que a la hora de la clase eras relevado por orden del comandante o comisario. ¿Era por

desafecto hacia la cultura? No, era por tu carácter formado, a espaldas de una vida de incompreensión. Quizá fuese también la indiferencia propia de todo aquel que siente desconfianza hacia lo nuevo, por dudar de su resultado. ¿No es verdad que te parecía imposible aprender lo que no pudiste aprender de niño? Responde sin engañar ¿Y no es verdad también que cuando existe la voluntad no se presentan dificultades? Hoy, al saber leer estas líneas que estoy escribiendo para ti, podrás comprobar que no fué imposible lo que tú pensabas. Ya se que estás contento y agradecido. Mas, ¿qué mayor alegría para ti que poder contar o compartir con tu madre o tu compañera las alegrías o penalidades que lleva consigo esta guerra?

Pues bien, camarada, tú, que ya has tenido tiempo de recoger los frutos de nuestras enseñanzas, has de ser, de ahora en adelante, la mejor propaganda de los beneficios de la instrucción y de la cultura. En las filas del Ejército de la República, tal vez en las filas de tu Batallón, haya todavía soldados que estén llevados de los mismos prejuicios que vosotros; soldados a los que les es igual ser o dejar de ser analfabetos. Son los que yo he llamado indiferentes hacia la instrucción, los sin voluntad propia, que ven con simpatía los adelantos en los demás, pero que les es incómodo aumentar en una más sus preocupaciones diarias cuando se trata de asistir a clase. Salir de lo que constituyen las obligaciones corrientes en campaña es, para éstos, trabajo excesivo, y aprovechar los ratos que se pierden en la nada es gastar el tiempo. “El que escribe su nombre sabe demasiado”.

Esto es lo que nos diría uno de esos que sólo ven un “Hogar” cuando tienen una partida de “parchiss”.

No creo sean muchos, puesto que el ejemplo del 197 Batallón es, en esta ocasión, magnífico. Jefes y soldados han sabido ir sintiendo las necesidades de la guerra y la preocupación por la cultura, y hoy esta unidad militar empieza a funcionar como una verdadera Escuela graduada en pleno campo. Pocos o muchos, a todos hay que procurar convencer, pero convencer con el ejemplo, por lo cual, eres tú, camarada que aprendiste a leer, el único que puedes hacerlo. De este modo—como la cultura lleva consigo la comprensión—dentro de poco nos cabrá la satisfacción de haber dado al Ejército Popular un Batallón de soldados en el momento del ataque, y una masa de individuos aptos para el trabajo después de la batalla.

J. INGLÉS.

miliciano de la Cultura de 1.º Bón. 197.

El soldado del Ejército del pueblo no es un esclavo de las armas, sino un ciudadano consciente, armado y disciplinado, que defiende su emancipación y la de sus hermanos de clase contra la tiranía de los privilegiados.



nuestros soldados escriben

DERECHO Y JUSTICIA

En las últimas reuniones del Consejo de Ministros parece que se ha operado un nuevo cambio político en la orientación a seguir en el exterior respecto a la guerra.

Parece, pues, que se aclarará, no en un día, sino en próximos, ese ambiente corrupto de lepra, destructor del respeto de gentes, del Derecho y la Justicia de un pueblo que quiere sepultar para siempre esa mortífera infección de los más privilegiados, sobre los más desheredados.

Lo más destacable de este consejo bien puede ser: «Una comisión, a cuya cabeza estará el presidente del consejo, irá a Ginebra a decir a las tímidas democracias cuál es el camino a seguir para cerrar el paso al invasor». ¿Qué clase de timidez es la de esas Democracias? Los combatientes no comprendemos el por qué de tal actitud con claridad. ¿Cuándo se decidirán a actuar? ¿La paz del mundo no está aún en peligro? ¿El Mundo se prepara? ¿Para cuándo? La verdad es que se prepara convirtiendo nuestra guerra en conflicto de experimentación, química y de armamentos, apartándose en su día del conflicto estas democracias en caso de conflicto mundial, por lo que aún no están preparadas las potencias ante lo que sería un tal motivo. Es verdad que nosotros somos desconocedores de la política realizada en las Cancillerías y sota-bancos por los países totalitarios, y las democracias de mirada indiferente para los conflictos ajenos, que no saben, o no quieren saber, de la razón de nuestros derechos y justicia, que con nuestros intereses defenderemos con ardor, y con ellos los que poseen en nuestro querido

suelo, y que ellos creyeron les atropellaríamos. ¿Por qué, tal pensamiento, Inglaterra, Francia? ¡Despertad! Si vuestros concordatos secretos con esos países, de respeto a vuestros intereses coloniales, lo son para apoderarse de nuestro querido suelo sin necesidad de intervenir en el conflicto e intervenir más aún Italia y Alemania, hablar y que sepamos con claridad plena quiénes son los atacantes, si esos países totalitarios o estas democracias de mirada indiferente hacia lo que sería entonces su porvenir al convertir en una segunda Palmira nuestra querida España. Después de aclarados estos puntos sabremos a qué atenernos los combatientes, al saber por qué luchamos. O no nos puede agradar tanta indiferencia, comprendedlo, mientras la sangre de todos los hijos de España corre por las arterias del campo, mientras las democracias se convierten en aves de rapiña para apoderarse de nuestra vida y pagar a esas castas invasoras con una sonrisa del hombre que pide una limosna de paz, y después de conseguida, su sonrisa democrática y su indumentaria diplomática son los intereses de agradecimiento hacia los que les prometieron, robándoles su soberanía en el Mare Nostrum, en el aire y en la tierra, salvándose únicamente de esta convulsión histórica de pactos secretos nuestra querida U. R. S. S., madre del proletariado mundial que un día será la veneración de todos los hijos del Universo, que guardaremos nuestro eterno respeto ante tantos y tan supremo sacrificio en favor de nuestro DERECHO y JUSTICIA.

Un soldado del Batallón 197.

LABOR INELUDIBLE

Por informaciones veraces que nos facilitan los constantes evadidos del campo enemigo; por la clara apreciación desde nuestras líneas de las frecuentes refriegas que sostiene el conglomerado «nacionalista», sacamos en deducción la descomposición en grado superlativo que reina en territorio rebelde. Es preciso que, en virtud de este exponente veraz, intensifiquemos nuestra eficaz labor de propaganda al terreno que todavía dominan.

Es necesario llevar la luz de la verdad a la oscura inteligencia de los que desconocen por completo nuestra verdadera causa. Es deber ineludible despejar el cerebro a los que a consecuencia de una propaganda con vivos caracteres de fraude, se hallan atrofiados bajo los efectos dolorosos del engaño. Es necesario, como digo, desarrollar la máxima actividad en hacer comprender al adversario nuestro puro carácter de lucha. Con ello obtendremos un rápido aceleramiento hacia la finalización de la guerra, evitando en con-

secuencia un contingente de vidas, que por esta imperdable negligencia tendrían que ser inmoladas. Debemos evitar que se repita el tristísimo éxodo sufrido por las mujeres y niños al huir del bárbaro y cruel procedimiento que emplea el mercenario invasor. Que los cuadros de espanto, pintados con pinceladas de sangre inocente en el lienzo imborrable de nuestro invicto Madrid, tengan eco en nuestro corazón, exterminando el aborto encenagado del fascismo. Hoy más que nunca llevemos los esfuerzos máximos informativos a las trincheras enemigas, esforcémonos también sin sosiego en incrementar nuestra elevada moral combativa y demostremos a toda esa inhumana y despiadada falange que nos hace la guerra, que un pueblo como el nuestro, que tiene en su haber histórico la invulnerabilidad de su suelo, no puede permitir que esa pléyade de indígenas y extranjeros, veje y mancille nuestra España inmaculada.

Luis ANADES,
sanitario del Batallón 198.

Saludo a la mujer española

A tí, noble mujer española, van dedicadas estas líneas con motivo de la inauguración del Hogar del Combatiente, celebrado recientemente.

Tú, que con nosotros has compartido desde el primer momento todas las penalidades que la guerra nos ha proporcionado, tuviste reservado en ese acto el puesto de honor que te corresponde.

No hacerlo así hubiese sido ingrato.

En la vanguardia, en las trincheras, junto con nosotros, supiste en todo momento defender con bravura y arrojo los derechos de la clase trabajadora, oprimida y despreciada por la soez burguesía. Despreciaste el peligro en aquellos momentos difíciles en que vivía España, nuestra España, los ultrajes de un puñado de cobardes sin corazón patrio, que sólo anhelaban sus miras egoístas a cambio del pan sagrado de los hijos del pueblo. Muchas de vosotras caísteis para siempre, con el pecho atravesado por una criminal bala enemiga, defendiendo nuestros derechos, que lo son, a la vez de nuestros hijos, para que en el mañana próximo, puedan vivir una España feliz y próspera.

Cuando en la lucha caía alguno de nuestros hermanos acudiais presto a llevarles vuestras dulces frases de consuelo y, si preciso fuere, en muchas ocasiones, disteis vuestra propia sangre a los que perdían la suya en las brechas abiertas por la metralla enemiga en los campos de batalla.

Si vuestra labor en los frentes fué digna y fecunda, no lo es menos en la retaguardia, en donde desarrolláis un trabajo penoso, laborando sin descanso por que a vuestros hermanos no les falte de nada, ya que no podéis, como hasta hace poco, seguir luchando a nuestro lado, empuñando el fusil cara al enemigo.

A vosotras, heroínas del pueblo, que con verdadero arrojo supisteis defender a Madrid de las garras del enemigo, quiero en estos momentos dedicaros un recuerdo y, aunque alejados de vosotras, espiritualmente estamos a vuestro lado, porque os llevamos dentro de nuestro corazón, e imitando vuestro ejemplo, os prometemos dar nuestra vida antes que consentir que el enemigo nos robe impunemente nuestro suelo patrio, devolviéndonos en plazo breve la alegría, la paz y el bienestar de vuestros hijos.

¡Viva la mujer española! ¡Viva la República!

Julían FERNANDEZ,

44 Brigada, 4.º Batallón 3.ª Compañía.



Higiene del combatiente

Camaradas: No sólo el sagrado deber de servir a la causa del pueblo es el que me tiene a vuestro lado, sino el que, en mi aspecto facultativo sanitario, me obliga a daros prudentes, a la par que modestos consejos, en

cuanto se refiere a la profilaxis individual en las trincheras, que más que por las circunstancias, por negligencia, deja bastante que desear.

En primer lugar voy a referirme a los parapetos.

Nadie ignora que el parapeto no es ciertamente una mansión confortable, pero ello no implica que pueda ser un recinto que, a pesar de sus incomodidades, reúna las más elementales condiciones higiénicas que voy a describir.

Todo parapeto debe tener como mínimo una capacidad suficiente para alojar a cinco individuos, es decir, una escuadra completa.

Este parapeto deberá ser revocado por paredes y techo con una solución concentrada de hipoclorito de cal, revoco que se debe hacer cada veinticinco días y siempre que varíe de alojados, aun cuando aquél se hiciese antes del plazo indicado. Además, cada cinco días debe ser fumigado con una solución fuerte de zotal, creolina u otra solución desinfectante análoga.

El barrido diario, por lo menos, se hará previo riego con agua suficiente, con lo cual se evitará que el polvo, que con tal acto se produce, quede fijado a los enseres, ropas y demás efectos y que vaya quedando acumulado en los resquicios del resto del parapeto.

Las ropas que se usen para el descanso deberán sacudirse y tenerse al aire dos o tres horas, a no ser en tiempo de lluvias, en cuyo caso hay que reducir tal precepto higiénico al primero de los señalados anteriormente. Así mismo, se hará con la ropa que se tenga en repuesto.

Los vasos, platos, etc., una vez hecho el uso debido de ellos, deben lavarse y escurrirse fuera del parapeto, para evitar humedades en él. También es de gran conveniencia que cada individuo tenga un apartado en el parapeto, es decir, reunidos todos sus enseres en un lugar aparte y de acuerdo con la capacidad del parapeto y del número de compañeros conviventes.

Una vez dados estos preceptos elementales de higiene en los parapetos, paso a detallar los de profilaxis del individuo, sin la observancia de los cuales quedan anulados los anteriores en un porcentaje un tanto elevado.

Veamos. Ningún individuo, bajo ningún pretexto, deberá carecer de los útiles de aseo necesarios, cuales son: jabón, cepillo de dientes, dentífricos, toalla y peine.

Si por las circunstancias no le fuese posible adquirirlos particularmente, nuestras Intendencias de Batallones, deben poner al alcance de todos dichos elementos de higiene personal, pues hora es de que queden allanadas dificultades de tal índole.

Con dichos medios a su alcance, ningún soldado debe prescindir de su cotidiano aseo personal, bajo ningún pretexto.

Es más: refiriéndome a los elementos desaprensivos que entre los demás existen, tal acto debería ser pre-

Paisaje fascista

LOS CAMPOS DE CONCENTRACION EN ALEMANIA

(Relato de un antiguo prisionero)

I

Todos los campos están rodeados de hilos de púas electrificados. El de Papenburg está situado en una región de marismas y brumas. Los presos, a menudo hundidos en el barro hasta la cintura, deben trabajar de esta suerte lo mismo en verano que en invierno. Intencionada y metódicamente se mina la salud y a menudo se le destruye para siempre.

Lejos de toda comunicación y de todo poblado, se han construido en dos filas diez barracas, destinadas cada una al albergue de cien hombres.

Una empalizada de hilos de hierro, de una altura de tres metros, abarca el campo. Los prisioneros duermen sobre la paja. La paja se renueva todos los años, y, por consiguiente, pierde toda blandura. Se prohíbe abandonar la barraca durante la noche. Los presos se ven obligados, en consecuencia, a orinar y a hacer otras necesidades en un rincón situado al lado del dormitorio.

La atmósfera, ya cargada por el amontonamiento de los cien cuerpos, se pone irrespirable. Si uno se atreve a abrir una ventana durante la noche el guardia le dispara sin ninguna advertencia.

El trato a los prisioneros se caracteriza por las brutalidades más inhumanas, por los trabajos más absurdos, sin sentido ni utilidad para nadie tendientes a torturar a los presos por maneras diabólicas.

El pan es malo, casi siempre incomible. Abundan, como consecuencia, las enfermedades del estómago. Los alimentos carecen de vitaminas: ni legumbres frescas, ni frutas. De esta suerte numerosos prisioneros sufren los síntomas del escorbuto. En 1935, el pescado podrido, distribuido en el campo número 5, produjo más de 300 enfermos, muchos graves. Al principio de este año, el aprovisionamiento de los presos fué horrible. Cerca ya de la locura se apoderaban de los alimentos dados a los perros de guardia después de que éstos habían dejado sólo los huesos.

En vista del clima rudo de esta región (lluvia y tempestades permanentes durante el invierno, el otoño y la primavera) las ropas de los presos son absolutamente insuficientes. No tienen con qué mudarse. Cuando los presos regresan del trabajo, mojados de pies a cabeza, no tienen ni una sola prenda de ropa seca. En la barraca, desnudos en un círculo, y bajo el fusil del guardia, no entregan las ropas hasta el día siguiente. En invierno no tienen mantas ni ropas de lana. Los presos trabajan sobre todo en las marismas. En caso de lluvia no disponen de cubierta alguna. Las ropas, en consecuencia, se empapan.

(Continuará.)

senciado por el responsable de cada escuadra, evitando dos males: el de los remolones al aseo y el de que si observa a algún individuo afectado de alguna enfermedad externa contagiosa obligue a dicho individuo a efectuar su aseo en un lugar distinto al que lo hagan sus compañeros, evitando con ello consecuencias desagradables en extremo.

Sin que ello vulnere la buena armonía que entre todos debe existir; bajo ningún concepto debe existir prestaciones de objetos de uso personal y provisiones, pues infinito número de enfermedades tiene su origen en tal acto, mal llamado, conociendo sus consecuencias, de compañerismo.

Las ropas en uso deben ser cepilladas y aireadas momentáneamente a diario.

En un estado de hacinamiento, como el que las circunstancias obligan a permanecer al individuo, es inevitable que se desarrollen parásitos, que sin la observación de estos preceptos profilácticos e higiénicos, llegarían a invadirle y, como consecuencia, a los demás, siendo causa de infinitos y desagradables efectos.

Y ahora quiero hacer un breve aparte para los desgraciadamente afectados de enfermedades venéreas.

Con un breve, a la par que corrien-

te ejemplo, quedan señalados sus deberes higiénicos.

El es, el número, a veces considerable, de individuos que padecen enfermedades oculares. En una palabra: oftalmías gonocócicas que provienen de individuos blenorragicos desaprensivos, que bien sea por hacer uso de objetos ajenos, bien por contacto a otro compañero después de haber verificado un acto relacionado con su padecimiento, no han tenido la precaución de hacerse un lavado de manos, o bien que lo hayan hecho en un lugar donde a su vez está lavándose otro u otros individuos.

Por todo lo expuesto, creo haber dado unos sucintos consejos higiénicos que, por su elementalidad, quedan al alcance de todas las circunstancias.

Tened presente que la guerra tiene dos enemigos: el real, el que tenemos enfrente, y el invisible: la enfermedad. Contra aquél utilizamos como arma los fusiles, cañones, etc., contra éste, la higiene. Su inobservancia trae como consecuencia el aniquilamiento, por el mal contraído, de nuestros hombres, la pérdida de la lucha, como consecuencia, que por la causa de la libertad hemos emprendido. Salud.

Ramón SABORIDO DE LA INFANTA,
teniente-practicante del Batallón 198.

**Cada soldado,
un
vigilante
contra el
ESPIONAJE.**



**Aguzad
el ingenio
para descubrir
al
E S P I A .**



SALVAJISMO

*Plazuela de Madrid, dulce y tranquila,
los árboles que rumian sus tristezas,
los rosales que muestran sus bellezas,
un auto que veloz la calle enfila,*

*revolviendo potente como anguila
los neumáticos llenos de asperezas
y el engranaje de sus muchas piezas
mientras la calle con ardor vigila.*

*Un rincón de la plaza solitario,
unos niños que juegan satisfechos,
un obús como horrible saginario*

*lanzando aullidos de sus fuertes pechos
que se clava silvando en aquel grupo
que jamás lo que el delito es, supo.*

*Esta cultura es la que da el fascismo
este valor anida sanguinario,
estas serán sus muestras de heroísmo.*

Gregorio GUILLEN PEÑA.

Militares pero antimilitaristas

El que recorre las avanzadillas parece hallarse en un jardín de plantas exóticas, nacidas al calor del régimen troglodita que ha impuesto la guerra, vida de caverna, subterránea, sin contacto con el mundo real, donde nadie se acuerda de lo que fué en una época que parece intangible por lo lejana, porque ya no existe más que el militar sin que para nada rece la personalidad propia.

De una de las cuevas de aspecto antediluviano, sale un hombre en el momento en que cruzo; bota alta, pantalón de montar, camisa caki, aspecto marcial, sobre su pecho luce las barras que sirven de distintivo a su graduación.

Le abordo; es un antiguo compañero que luchó con ahinco en la campaña contra el militarismo en los

tiempos heroicos de la fusta y la guardia civil.

—¿Cómo tú, tan antimilitarista, convertido en un perfecto oficial?

La respuesta surge momentánea:

—Camarada, yo, y como yo todos los que formamos parte del Ejército republicano, somos militares por necesidad, no por convicción. Cuando el ejército que la nación se había dado para defenderla se sublevó, pretendiendo sojuzgarla, en todos nosotros nació el afán de defensa, y surgió la lucha; pero lucha con arreglo a nuestros métodos, lucha de barricadas. Poco a poco fuimos comprendiendo que debíamos organizarla para poder contener el empuje del enemigo, y surgió el embrión de lo que hoy es el glorioso Ejército Popular, Ejército salido del pueblo, formado

por el pueblo mismo. ¿Fué que nosotros nos hiciéramos militaristas? ¿Es que renunciábamos a nuestros postulados pacifistas? Al contrario; el instinto de conservación de nuestros ideales nos hizo militares, pero sin renunciar al logro de nuestras aspiraciones de paz. Los azares de la guerra nos han curtido, haciendo de nosotros perfectos soldados, y estos mismos azares han hecho arraigar más hondo en nuestro pecho el ideal antimilitarista. Tú conoces el principio según el cual no hay nada mejor para odiar a una cosa que conocerla a la perfección; pues bien, eso nos pasa a nosotros con la guerra; antes éramos antimilitaristas porque habíamos oído hablar de los efectos de la guerra; antes podíamos vacilar en nuestras convicciones, porque no habíamos sentido sus efectos; hoy no, porque llevamos un año viviéndola, hemos sufrido sus efectos en nuestros cuerpos, hemos visto caer miles y miles de hombres de ambos bandos y nuestros sentimientos humanitarios se han rebelado, han hervido de indignación al ver cuántas injusticias reinan en el mundo. Somos militares, sí, pero militares precisamente por antimilitarismo, militares porque necesitamos exterminar al militarismo zafio que considera la guerra como un medio de vida, al militarismo que no concede el derecho a la existencia a todo aquel que no doble la cerviz ante sus caprichos, al militarismo que conceptúa reo de muerte al que se permite pensar de distinta forma que él; por eso somos militares y seguiremos siéndolo hasta exterminar esa casta que no se alimenta más que de su soberbia; por eso somos ANTIMILITARISTAS y seguiremos siéndolo.

Así hablan los oficiales del Ejército republicano, así piensan todos los combatientes.

Me despidió con un fuerte apretón de manos acompañado de un ¡salud, camarada!, que le hace volver la cabeza a las líneas enemigas en ademán de reto.

Ese es nuestro Ejército, ese es y será el airón de la victoria.

Gregorio GUILLEN PEÑA,
teniente de la 50 Brigada.



Encarecemos a nuestros corresponsales y colaboradores limiten la extensión de sus trabajos.